

demonio para no perder la posesión de tantas almas! Y entre tanto ¿qué hacía el verdadero Apóstol? Conservar la invariable serenidad de su espíritu, perdonar á sus pobres enemigos, no responder á sus injurias sino trabajando con mayor empeño, si cabía, y dejar á Dios su defensa con absoluta confianza. Aun más: bendecía á Dios y, como el Apóstol, se gloriaba en la tribulación. «La gracia de las gracias», decía, «es la multitud de cruces que mi adorable Crucificado me da. Deseo que por ello sea alabado y glorificado eternamente.»

13. Demos también nosotros, carísimos oyentes, gracias infinitas al Dios de las misericordias por haber dado al mundo en el bienaventurado Juan Eudes tan insigne apóstol, digno émulo de los mayores que han ilustrado á la Iglesia. Sí, á nosotros también nos corresponde dar gracias, porque los frutos de su largo y glorioso apostolado no se limitaron al siglo XVII ni á la Francia solamente. Hoy todavía, después de dos siglos de haberse apagado aquella antorcha de la cristiana civilización, goza de ellos el mundo entero y nosotros mismos los estamos saboreando. No sólo porque la luz de sus ejemplos y enseñanzas y el celestial perfume de sus virtudes ha llegado hasta nosotros, traspasando los mares, y durará tanto cuanto dure la Iglesia de Jesucristo, sino porque en sus preclaros hijos y herederos de su espíritu nos ha dejado los continuadores de sus obras, los sacerdotes que él deseaba para todos los pueblos, doctos y virtuosos, obreros infatigables, hábiles directores de la educación del clero, objeto del amor y de la estimación de los buenos católicos, como también blanco de los tiros inicuos de los encarnizados perseguidores de la fe de Cristo y de su Iglesia.

Felicitémonos al mismo tiempo, venturosos habitantes de la Heroica, por tener entre nosotros, gracias á los esfuerzos de nuestros dignísimos Prelados, á tan dignos obreros de la viña del Señor, y pidamos hoy con doble

fervor al Beato Juan Eudes que bendiga á sus buenos hijos y haga prosperar cada día más y más sus establecimientos para gran dicha de la Iglesia colombiana y en especial de la diócesis de Cartagena.

Para vosotros, Reverendos Padres y Carísimos Hermanos de la familia Eudista, reservo esta última palabra, que es palabra de soberano aliento, máxime en las presentes calamitosas circunstancias que os rodean en Europa: *Beati estis cum maledixerint vobis homines et persecuti vos fuerint. . . . Gaudete et exsultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis*¹.

De Santa Eduvigis viuda.

(Predicado en Cartago de Costa Rica, 1879.)

Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera eius.

Prov. 31, 31.

1. Laudable pensamiento es sin duda, amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo, el que preside á la solemne festividad de este día en que la Iglesia celebra á la bienaventurada Santa Eduvigis. Brillan en el cielo de la Iglesia tantas estrellas luminosas de santidad, tantas constelaciones brillantísimas de mártires, confesores y vírgenes, de doctores, ermitaños y viudas, que su misma muchedumbre no permite á nuestra vista, abismada con el espectáculo de tantas maravillas, detenerse á contemplar uno por uno esos astros á cual más sorprendentes, aunque de varias magnitudes. Por eso, cuando alguna circunstancia favorable ó cualquier motivo especial nos obliga á fijar los ojos de la consideración en alguno de esos celestes lumináres de la santidad cristiana, parécenos tan grande su esplendor y hermosura, que nos sentimos inclinados á creerlo superior

¹ Matth. 2, 12.

á todos los demás, cuya luz apenas hiere vagamente nuestra vista. Y ¡cómo se eleva el alma y se dilata el corazón en la contemplación de esas obras maravillosas del Criador! ¡Ah! si los objetos sensibles de que está poblada la tierra y que por todas partes nos asedian, ejerciendo una violenta sugestión sobre nuestros sentidos, nos permitieran levantar los ojos con más frecuencia y fijarlos de hito en hito en ese hermoso firmamento, ¡cuánta satisfacción no experimentarían nuestras almas fatigadas con las terrenas pesadumbres! Pero desgraciadamente seducidos por el brillo pasajero de las flores de este suelo, su belleza infinitamente menor que la de las estrellas, nos atrae y deslumbra de tal modo que acaba por hacernos casi insensibles al atractivo sereno, puro y casi espiritual de las flores que rutilan en el cielo. ¡Miserable condición humana, esclava de los sentidos, cuando serlo debiera de la razón! Así pues, no puedo menos de aplaudir la ocasión que se nos ofrece el día de hoy de contemplar un gran modelo de perfección cristiana, ya que la piedad de algunos fieles para con Santa Eduvigis procura realzar el esplendor de su culto en esta devota ciudad, convidándonos á regocijarnos con la consideración de sus esclarecidos ejemplos de virtud. ¡Oh! y ¡qué saludable pensamiento el vuestro, católicos devotos de la santa Duquesa de Polonia, de promover en todos los atribulados por las vicisitudes de la vida, la confianza en tan poderosa patrona y abogada!

2. Veréis, pues, en la gloriosa Santa Eduvigis aquella mujer fuerte de que nos hablan los Proverbios, aquella matrona más ilustre que por la nobleza de la sangre, por la excelencia de las virtudes, aquella heroína de la religión, para decirlo en breve, cuya imagen nos presenta hoy la Iglesia como objeto digno de nuestro culto al par que de nuestra imitación. Santa Eduvigis, modelo de la caridad que abraza todas las virtudes, objeto de nuestra imitación; Santa Eduvigis, fiel reflejo de la Providencia en el alivio

de las humanas miserias, aliento de nuestra confianza: he aquí, hermanos carísimos, todo el asunto de este discurso. Imploramos las luces del Espíritu Santo por intercesión de María. *Ave María.*

I.

3. Ya que la hermosa figura de la Santa á quien hoy rendimos nuestros cultos se nos presenta revestida con el magnífico ropaje de la caridad, que no otro la caracteriza, procuremos, carísimos oyentes, formarnos un concepto digno y adecuado de esa virtud sublime, con razón aclamada reina de todas las virtudes. ¡La caridad! nada más bello, nada más grande en el orden moral alcanza á concebir la mente del filósofo y del teólogo. ¿Quién hay que la conozca siquiera de nombre y no le rinda el tributo de su admiración y simpatía? Entre las virtudes teológicas ó divinas, dice el Apóstol que la caridad es la mayor: *Maior autem harum est caritas*¹. Y en realidad es la más divina entre todas las divinas virtudes, no sólo por su objeto primario ó propio y formal, que no puede ser sino Dios, sino también por ser, ya que no una virtud (que allí ninguna cabe), un atributo esencial de la Divinidad, asegurando el apóstol San Juan que Dios es caridad: *Deus caritas est*². ¡Ah! sí, la caridad de que hablo, la verdadera y genuina caridad cristiana, no es otra que la que el Apóstol llama *caritas Dei* — caridad de Dios, difundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones³, fuego divino, que, encendido allá en el cielo, en la región más alta que puede concebir la humana razón, ó mejor dicho, que la razón no es capaz de concebir, bajó á la tierra en las manos ó en el corazón del Verbo divino, hecho carne para purificar la carne, para hermoear y brillantar la tierra y trasformarla en morada digna de Dios, en trasunto del cielo. Así lo significó el mismo Cristo

¹ I Cor. 13, 13.² I Io. 4, 9.³ Rom 5, 5.

cuando dijo: «Fuego he venido á arrojar en la tierra, y ¿qué quiero sino que ésta se encienda?»¹ Tal es, cristianos oyentes, la caridad como vosotros y yo la entendemos, como lo entiende la doctrina del cristianismo; virtud que no debe confundirse, que los católicos no confundiremos jamás, aunque parezcan iguales sus efectos, con la decantada filantropía, amor del hombre por razón del hombre, amor que, bien analizado, no alcanza siquiera á la talla de las verdaderas virtudes, que todas deben tener por razón formal la rectitud absoluta y por fin último el sumo Bien.

4. Cuando esta llama divina se apodera de un noble corazón, hácele despreciar como vil escoria todos los bienes de la tierra, abrazarse con la cruz de Jesucristo y seguir resueltamente las huellas del Redentor por el áspero camino real de la mortificación de la carne. Así preparada y robustecida para el ejercicio de las más heroicas obras de misericordia, llega á ejecutar prodigios de caridad en favor de sus hermanos, los menesterosos, en quienes contempla siempre la imagen del Crucificado. Y ahí tenéis una alma transformada en Cristo, divinizada por la caridad. Tal fué la admirable mujer á quien hoy tributamos nuestros religiosos homenajes. Desde la niñez manifestaba Eduvigis un ánimo lleno de moderación en medio de las grandezas y opulencias de la casa en que había nacido. Princesa por nacimiento, llevaba dentro del pecho un corazón de reina que le hacía mirar como indignas de su estimación y afecto las brillantes pequeñeces de que tanto se pagan las almas vulgares. ¡Ah! ¡cómo le habría complacido abandonar el mundo desde sus primeros años y seguir al Esposo celestial en compañía de las vírgenes consagradas en cuerpo y alma al divino servicio! Mas llevábala el Señor por otra senda que no era de flores sino de espinas, y Eduvigis optó

¹ Luc. 12, 49.

por cumplir, con la voluntad de sus padres, los designios de Dios, ligándose con los vínculos del santo matrimonio. Era sin duda que la Providencia la destinaba, lo mismo que á otra ilustre descendiente suya, la santa reina de Portugal, Isabel, á servir de modelo de virtud en los tres grados de su vida, habiendo recorrido, como dice la Iglesia, con pie seguro y firme el estado virginal, el conyugal y el de viuda. Estados son éstos de varia perfección, pero perfeccionables todos en la unidad del espíritu de la vida cristiana, pues, como discurre el Padre San Ambrosio¹, aunque de diversa clase, los tres son frutos de un mismo campo, del fértil campo de la Iglesia, no menos decorado con la blancura de los lirios que con las doradas espigas de las mieses. Santa y encantadora es la virginidad, principalmente como estado de plena consagración á Jesucristo, pero también es santa y venerable la castidad conyugal, fruto precioso de la bendición de Dios impartida á los esposos cristianos; y añadamos que no es menos digna de veneración y alabanza la piedad y recogimiento de las viudas á quienes manda el Apóstol honrar: *Viduas honora que vere viduae sunt*²—Honra á las viudas que, desprendidas de los lazos terrenos que las sujetaron temporalmente á las obligaciones de la familia y de la sociedad, consagran voluntariamente el resto de sus días al cuidado de su santificación, el amor de su Criador, por medio del retiro, la penitencia y la oración.

5. Eduvigis fué modelo de casadas, como esposa y como madre. Y todo por la admirable influencia y eficacia de la caridad. Acaso en ninguna otra parte son tan maravillosos los efectos de esa energía divina, de esa virtud superior, cuya naturaleza acabamos de trazar, como en el corazón del ser más débil, en el corazón por otra parte nobilísimo de la mujer; y más todavía en el

¹ S. Amb., De vid., prope fin.

² 1 Tim. 5, 3

corazón tierno y magnánimo de la madre cristiana. Oíd á Salomón, al cantor de la caridad extática de la Esposa de los Cantares, cómo nos pinta con pincel dirigido por el Espíritu Santo, á la *mujer fuerte*, esto es, á la esposa y madre revestida de la caridad en el recinto del hogar doméstico¹. No es posible omitir este hermoso cuadro con que la Iglesia adorna la liturgia de nuestra Santa: «Es un tesoro inestimable traído de muy lejos, de los últimos confines de la tierra. . . . En su corazón descansa confiado y tranquilo el corazón de su afortunado esposo. . . . Y ella le paga cumplidamente su confianza, colmándolo de bienes y alejándole los males por todos los días de su vida. ¡Qué solicitud la que despliega por los intereses de su familia y el bienestar de su esposo! No se desdeña de tejer ella misma con la destreza de sus manos la lana y el lino que ha buscado diligentemente. Semejante á una nave cargada de ricas mercancías, trae á sus hijos la abundancia y el contento. Nadie en su casa siente la escasez, porque ella reparte sus ricas provisiones y hasta sus regalos entre sus domésticos y esclavas. Vió un campo de labor y lo compró para plantar una viña con el fruto de su trabajo, con el producto de sus economías y de su industria. Es una mujer ceñida de fortaleza á quien nada asusta, nada parece imposible. Y no contenta con hacer la felicidad de su casa, tiene abierta siempre su mano para el desvalido y tiende sus brazos al menesteroso. Bien se merece vestidos de seda y púrpura la que reina sobre tantos corazones, menos por el brillo de una hermosura falaz y pasajera, que por la caridad, el temor de Dios y la sabiduría, verdaderas riquezas en que ninguna otra mujer ha podido aventajarla. Sus hijos se levantan para bendecirla, su esposo la colma de alabanzas, en medio de los grandes de su pueblo, y

¹ Prov. 31, 10 et sqq.

todo el mundo exclama á una voz: Dejad que disfrute de su felicidad y que sus obras pregonen por todas partes, por calles y plazas, sus virtudes, porque falsa es la gracia del rostro y vana la hermosura corporal: *Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur*—Sólo la mujer temerosa del Señor será alabada.»¹ Así nos describe el Sabio á la esposa modelo, á la madre formada en la escuela de la caridad. Y sin embargo, oyentes míos, por muy bella que sea esta pintura, es todavía inferior, lo digo con seguridad, al dechado de perfección que aquí tenemos á la vista en la persona de Santa Eduvigis. El ideal de la santidad de la antigua ley no igualaba con mucho al ideal tantas veces realizado de la santidad del Evangelio. Así es que la mujer fuerte del viejo Testamento no llegaba á la altura de la mujer cristiana. Santa Eduvigis no sólo hacía felices á su esposo Enrique de Polonia, y á sus seis afortunados hijos, procurándoles toda suerte de bienes espirituales, sino que los levantaba con sus lecciones y ejemplos á una perfección superior á todo lo natural y humano. Bastará para probarlo saber á cuán alto grado de virtud subieron el piadoso consorte y la familia de Eduvigis. Aquél, después de vivir algunos años con toda la continencia y honestidad que corresponde á los esposos cristianos, dándose á la oración más retirada en ciertos días, resolvió de acuerdo con su santa esposa y con la bendición de su obispo, guardar por todo el resto de su vida castidad perfecta, adornada de otras muchas excelentes virtudes, como la piedad, la caridad y la paciencia en las adversidades. Á Gertrudis su hija la consagró al Señor en un monasterio de la orden cisterciense que ella y su virtuoso esposo habían edificado y dotado con cuantiosas rentas, no sólo para el sustento de las religiosas sino para el socorro de millares de pobres.

¹ Ibid. 31, 30.